

que encerraba : dibujos, regalos de amigos de Dayel, originales para ilustrar sus romanzas. Sobre la chimenea se marchitaban unas flores, claveles blancos y rojos; sobre el piano en un esbelto vaso, un cristal veneciano, tres rosas rosadas.

Juan Dayel se había sentado ante el teclado que hacía resonar con sus dedos. Á su derecha destacábase la silueta de la joven, recodada en un brazo del sillón, atenta, inclinando su cabecita, que revueltos cabellos rubios nimbaban de oro bajo el minúsculo sombrero.

— Cante Vd. para mí, Dayel; mi canción.

Y Marta se ruborizó de estas palabras, al darse súbita cuenta de su involuntaria coquetería. Los sonidos vibraban claros, en la tarde; y se iba desgranando el poema; todo, letra y música de Juan Dayel, su amigo, su amante mañana, quizás en seguida, su marido más tarde (ella lo presentía en un desmayo de ternura), de su amado en fin.

Era éste :

Canción de abril.

ÉL

Los frescos lirios brillan de cándida alegría, niña
[adorada,

y anuncian á las violetas sus vecinas
la vuelta del sol.

Deja, hermosa, que te robe
los besos que antes mendigué;
mientras nievan sobre nosotros los almendros,
y los majuelos florecen por tí.

Ven, querida, á los bosques embalsamados,
donde abre la primavera sus corolas,
donde arpados jilgueros y locas urracas
arrullan con sus canciones á los amantes.

Allí, húmedos los ojos de deseo,
me besarás con tus labios artistas
y desfalleceremos juntos de placer,
mientras en torno nuestro se deshojan las rosas.

Déjame creer que jamás tus besos
aprisionarán otros labios.

En nuestras venas la fiebre enciende abril.

¿Quieres que nos embriaguemos con sus perfumes ?

Las flores acaban de abrirse.

Vamos pronto á cogerlas desde el alba;

porque su fresco ropaje de raso

estará ya marchito á la aurora.

Yo cubriré de locos besos
los tesoros de tu rubia belleza :
nada habrá en el mundo,
sino las flores, los pájaros y nosotros dos.
El cielo, con su inmensa alegría,
conmueve los lirios y el revuelto follaje,
que titila con extraños reflejos
entre los que apunta el oro de los retoños.

ELLA

Lozanos como ellos son mis pechos;
tómalos con tus manos acariciadoras.

ÉL

En mis manos está todo,
sin blanca en la faltriquera,
rico soy, pues te tengo á tí.
Acércate más aún; que el amor,
venido en alas de la primavera, robe
la flor de tus traviosos labios.
Déjala, y tras ella desflorará todo tu jardín.

ELLA

La primavera ríe. Por los caminos
vuelan, en la brisa acariciadora,
aventureras mariposas.
Entre la nieve de los manzanos y de las flores de espino
viene el ensueño de abril.

ÉL

En el sotillo nos brinda el musgo mullido tapiz.

Las últimas notas de la canción de abril se disolvían, lentamente perladas, en el susurro del follaje; Marta se había levantado sin ruido; acodada en el alféizar de la ventana, sumido el perfil en la sombra exterior, en que brillaban sólo sus ojos contemplando al músico que acababa de hacer cantar á las teclas, agitada por la emoción tierna y apasionada de la poesía y de la música.

Juan calló.

Marta no osaba romper el silencio, ignorando

qué frases pronunciar, profundamente conmovida por la atrevida y delicada declaración del artista. No acudían á sus labios palabras con que darle las gracias, y sin embargo ella hubiera querido expresar la sincera alegría que él le había causado, á pesar del miedo de animarle á osadías que ella temía y deseaba quizás al mismo tiempo, inconsciente del amor que había germinado á la vez en ambos corazones.

Se confesaba ya el profundo afecto que le había inspirado aquel delicado soñador, sencillo á la vez y de trabajado espíritu, sensible hasta el sufrimiento tanto más doloroso cuanto menos podía discernir su causa.

De buen grado habría compartido con él la vida, si él se lo hubiera propuesto y vistose ella realmente independiente, al abrigo de sospechas de interés, dada su pobreza de obrera huérfana, y el bienestar de Dayel y su creciente reputación.

Desde mucho tiempo ya había Marta pensado en este desenlace, sintiendo que Juan la amaba desde el primer día que se vieran, y que sólo la timidez, el temor de alejarse para siempre la amiga que se había hecho necesaria á su existencia, le impedían solicitar su amor, abrirse á ella, perplejo por la respuesta, temiendo ante todo perderla para siempre si ella no le amaba.

También ella se había reprochado con frecuencia pequeñas crueldades instintivas, frases ambiguas, un poco burlonas, que á veces le había lanzado en momentos de malicia; pero no era coqueta, no lo había provocado. Había aceptado este compañerismo cotidiano, porque había visto la sinceridad del artista y su emoción desde el principio de su amistad: no había querido desairarle, por miedo á causar un verdadero sufrimiento, y además porque él le había sido simpático, porque los pensamientos de los dos se acordaban en una perpetua unión de almas largo tiempo separadas, que el azar hubiera reunido.

Todas estas ideas se habían agitado en la mente de la joven; pero ahora, ya no soñaba en razonar con su sentido de la vida, en el campo de su precoz experiencia. Sumíase pasivamente en el ensueño, feliz de todo lo que la rodeaba, de la presencia de Juan á su lado, del amor que ella veía en él, próximo á estallar, impaciente de la incertidumbre que le oprimía.

Juan se había levantado y se mantenía al lado de Marta, sin desplegar los labios. Le había tomado la mano y besaba sus dedos uno tras otro, lentamente, como un niño que saborea una golosina largo tiempo ansiada. Y muy quedo, le revelaba el violento deseo que le atormentaba de poseerla toda entera, como poseía ya su alma.

— La quiero á Vd., Marta. De Vd. espero toda la felicidad, toda la alegría de mi vida. Esa boca me está enloqueciendo... ¡ los ojos por lo menos! ¡ quiero besarlos!

Habíala ceñido del talle y la atraía á sí.

— ¡ Juan! ¡ Juan!

Ella se esquivaba con un violento ademán de pudor, que revelaba á Dayel su real espanto de virgen sorprendida. Creciente, el deseo batía sus sienes. Juan volvía á hablarle, explicándole su suplicio y su felicidad, desde aquellos dos meses que la estaba viendo cada tarde, sin atreverse á decirle como todos sus pensamientos gravitaban sobre ella, como pertenecía á ella por completo, enajenado, sin poder ya volver á ser dueño de sí.

Ella le escuchaba, sin interrumpirle, encantada de aquella tierna sinceridad que sentía junto á sí, que nadie hasta entonces le había manifestado. Recordaba á los que anteriormente la habían requerido y deseado, sólo porque era bonita y juzgaban fácil la conquista, viendo su solitaria pobreza. Y comprendía cuán profundamente la amaba Dayel, de un modo más formal y más apasionado á la vez, por su cuerpo y por su alma. La quería toda.

Juan la tenía ahora sobre su pecho, haciéndole oír los latidos de su corazón; envolviéndola en el calor de su cuerpo que expresaba el deseo de

poseerla, de hacerla suya para siempre. Sentía, tras la finura de las ropas, modelarse la pura redondez de sus senos juveniles, enhiestos; desnudaba á Marta con el pensamiento, extasiado de antemano por las bellezas de su cuerpo.

La iba atrayendo, jadeante, desceñía su corpiño, su cintura, con torpes dedos, enloquecidos, temblorosos, irritados á cada obstáculo. Y de repente, presa de inconsciente osadía, la había cogido, tendido sobre el lecho, vencida ya y anhelante de amor, esfumados todos los temores de doncella en el encanto apasionado que la dominaba á su vez, haciéndole cerrar los ojos, abandonada.

Dayel, frenético, hacía presa, con manos y labios, en los tesoros de su amada, cuyo rostro se destacaba delicadamente acarminado en el fondo de oro de los revueltos cabellos.

Y, encantado, anegándose en ternura, ebrio de su rubio amor, admiraba los senos pequeños y rígidos, erguidos y turgentes, vasos de amor; el lácteo y carnoso cuello; el óvalo fino del mento; los ojos, ahora desmesuradamente abiertos fulgurando en chispas de azabache, sobre la delicada claridad del rostro; y el arco tembloroso de sus labios, contraído por instantes como por dolorosa voluptuosidad.

Avanzóse á coger las purpúreas fresas de aquellos senos; acariciando por doquier aquella

maravillosa estatuilla, tan blanca y tan rubia, inmaculada, en radiante desnudez. Marta volvió á cerrar los ojos, y se abandonó á los brazos del amado, á la suprema y penetrante adoración; se entregó en pleno y feliz consentimiento, paralizada.
